

Bernhard Schlink

Mujer bajando
una escalera

Traducción de Txaro Santoro



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Die Frau auf der Treppe
© Diogenes Verlag AG
Zúrich, 2014

Ilustración: © CSA Images / Getty Images

Primera edición: mayo 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Txaro Santoro, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7954-4

Depósito Legal: B. 6710-2016

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Primera parte

1

Tal vez vea usted el cuadro algún día. Desaparecido durante mucho tiempo, ha vuelto a aparecer de pronto... Todos los museos querrán exhibirlo. En estos momentos Karl Schwind es el pintor más famoso y más cotizado del mundo. Cuando cumplió setenta años apareció en todos los periódicos y en todos los canales de televisión; aunque tuve que mirarlo un buen rato hasta reconocer en aquel hombre mayor al joven que fue.

El cuadro lo reconocí de inmediato. Entré en la última sala de la Art Gallery y allí estaba colgado, y me conmovió tanto como entonces, cuando entré en el salón de la Mansión Gundlach y lo vi por primera vez.

Una mujer baja una escalera. El pie derecho se apoya en el último escalón, el izquierdo aún toca el escalón superior, pero ya se prepara a dar el siguiente paso. La mujer está desnuda, su cuerpo es pálido, el vello del pubis y el cabello son rubios y el cabello brilla al resplandor de una luz. Desnuda, pálida, rubia... Ante el fondo gris verdoso de una escalera y unas paredes difusas, se presenta al observador con una levedad en suspenso. Al mismo tiempo, con sus piernas largas, sus caderas redondeadas y plenas y sus firmes pechos tiene un peso sensual.

Me acerqué al cuadro despacio. Estaba turbado, igual que entonces. En aquel entonces me sentí turbado porque la mujer que había estado sentada frente a mí en mi despacho el día anterior, con unos vaqueros, un top y una chaqueta, aparecía desnuda en el cuadro. Ahora estaba turbado porque el cuadro me recordaba lo que entonces había sucedido, en lo que entonces me había metido y lo que, acto seguido, había borrado de mi memoria.

Mujer bajando una escalera, decía un cartel al lado del cuadro, y también que se trataba de un préstamo. Encontré al conservador del museo y le pregunté quién se lo había prestado a la Art Gallery. Me dijo que no podía darme el nombre. Le dije que conocía a la mujer del cuadro y al propietario, y que le podía vaticinar que habría disputas sobre su propiedad. Frunció el ceño, pero insistió en que no podía darme el nombre.

2

Tenía la reserva del vuelo de regreso a Frankfurt para el jueves por la tarde. Como acabé las gestiones que debía llevar a cabo en Sidney el miércoles por la mañana, podría haber cambiado la reserva para esa misma tarde, pero me apetecía pasar el resto del día en el Jardín Botánico.

Quería comer allí, tumbarme en la hierba y asistir a *Carmen*, en la Ópera, a última hora de la tarde. Me gusta el Jardín Botánico, que limita al norte con una catedral y al sur con la Ópera, en la que están enclavados la Art Gallery y el Conservatorio, y desde cuyas colinas la vista se extiende hasta la bahía. En el Jardín Botánico hay un palmeral, una rosaleda, un herbario, estanques, pabellones, esculturas y muchas praderas con árboles centenarios, abuelos con nietos, mujeres solas y hombres con sus perros, grupos de personas haciendo picnic, parejas de enamorados, lectores y gente que duerme. En la galería del restaurante que hay en medio del Jardín Botánico el tiempo se ha detenido: viejas columnas de hierro, una vieja barandilla forjada, una vista de árboles con zorros voladores y un pozo con pájaros de alas multicolores y largos picos curvados.

Pedí la comida y llamé a mi colega. Él se había encarga-

do de preparar la asociación empresarial por la parte australiana y yo por la parte alemana. Como suele suceder en las asociaciones de este tipo, éramos a la vez socios y rivales. Pero teníamos aproximadamente la misma edad, los dos éramos socios sénior de uno de los últimos grandes bufetes que aún no habían sido adquiridos por los americanos o los ingleses, los dos estábamos viudos, y nos caíamos bien. Le pregunté por la agencia de detectives con la que solía trabajar su bufete y me dio el nombre.

—¿Algún problema en el que podamos ayudarle?

—No, sólo una vieja curiosidad que quisiera satisfacer.

Llamé a la agencia de detectives. Dije que quería saber a quién pertenecía el cuadro de Karl Schwind de la Art Gallery de Nueva Gales del Sur, y que si vivía en Australia una tal Irene Gundlach o una Irene que en otro tiempo se hubiera apellidado Gundlach. El jefe de la agencia de detectives esperaba poder contestarme en unos días. Le ofrecí una prima si conseguía el dato para la mañana siguiente. Se rió: o conseguía la información en la Art Gallery aquel mismo día o le llevaría algunos días, con prima o sin prima. Dijo que me llamaría.

Luego llegó la comida. Para acompañarla había pedido una botella de vino, que no pretendía beberme entera, pero que me bebí. De vez en cuando, los zorros voladores se despertaban, todos al mismo tiempo, y volaban ruidosamente desde las ramas alrededor de los árboles, volvían a colgarse de las ramas y a envolverse en sus alas. De vez en cuando, uno de los pájaros multicolores del pozo lanzaba un grito. De vez en cuando, también gritaba un niño o ladraba un perro o me llegaba el sonido de las voces de un grupo de japoneses como el gorjeo de una bandada de pájaros. Y, de vez en cuando, sólo oía el canto de las cigarras.

En la pendiente que hay por debajo del Conservatorio

me tumbé en la hierba. Con traje. La idea, que siempre me había espantado, de andar luego por ahí con el traje arrugado y tal vez sucio no me asustó. Y, después, me resultó indiferente lo que pudiera aguardarme en Alemania. No había nada de lo que yo no pudiera desistir ni nada en lo que no se pudiera prescindir de mí. En todo lo que tenía por delante era sustituible. Lo único en lo que era insustituible era lo que quedaba atrás.